

Precio 15 céntimos



ARTISTA DE ZARZUELA



LA SAETA

PERIÓDICO SEMANAL, FESTIVO, LITERARIO É ILUSTRADO

DIRECTOR LITERARIO: DANIEL ORTIZ

Toda la correspondencia se dirigirá á D. PEDRO MOTILBA, Rambla del Centro, Kiosco número 5.—BARCELONA



La diversión genuinamente española continúa haciendo de las suyas.

En Cartaya (Huelva) se corrieron por la noche los toros, y uno de ellos hirió á un capitalista del ramo de aficionados.

Comenzó el juzgado á instruir diligencias y el alcalde, con tan plausible motivo, suspendió las corridas subsiguientes.

¡Qué hubo hecho! Creyendo los zulús de Cartaya que la culpa de la suspensión era de la justicia, se reunieron en número de tres mil frente al edificio del Juzgado y se salieron de madre, y querían arrastrar al juez, y comerse la mar salada.

Intervino la guardia civil y se pudo conseguir que aquellos apreciables vecinos se retirasen á sus casas, no sin bramar antes de corage.

Esa afición desordenada la corregiríamos nosotros bien pronto soltando un par de toros en las calles de Cartaya, para solaz de los aficionados; pero soltarlos á diario; que no pudiese salir un vecino ni siquiera á comprar á la plaza.

Porque en los pueblos esa diversión tiene todos los matices de las más solemne barbaridad. Digalo sino aquel lugarejo donde el alcalde prohibió las novilladas hasta que se pagase al maestro de escuela, y los vecinos, en venganza, deslomaron á palos al pobre profesor arrojándole extramuros y amenazándole con colgarle de un árbol si volvía á la población.

Con pueblos así no es extraño que gocemos tan buena reputación entre *franchutes*, *macarrones* y demás naciones continentales.

Debieran prohibirse los toros; al menos en los pueblos pequeños.

Y de haber corridas ¿no valiera más que fuesen de caseros?

Así la diversión sería honesta al par que popular, y los inquilinos tendrían el soberano placer de colocar pares al relance ó cuarteando sobre el cervigüillo de su mayor enemigo.

Pero por lo mismo que es bueno verán Vdes. cómo no sucede nada, y continuarán los novillos estropeando ciudadanos en plazas y calles, mientras los caseros seguirán volteando inquilinos dentro de las casas.

¡Si todo anda patas arriba!

* *

Hay algunos sacramentos que no deben frecuentarse. El del matrimonio, por ejemplo, trae sus quebras.

Un gallego natural de Santiago viene de Buenos Aires, desembarca en Vigo, y ve una galleguita que le hace tilín.

Nuestro hombre es honrado á carta cabal y no quiere abusar de su amada; por consecuencia la lleva

al altar y un cura les echa las bendiciones.

El gallego y la galleguita son felices, y pasan los tres primeros meses en la más hermosa de las lunas de miel.

Un día sale él á la calle y se encuentra con un amigo que viene de la Argentina, que le dice de buenas á primeras:

—He pasado por Rosario de Santa Fé y te traigo recuerdos de tu mujer.

El gallego cae anonadado en brazos del amigo; pero luego se repone, llega á casa, toma el dinero que encuentra y desaparece del mapa.

La pobre galleguita cuando supo que estaba casada con un bigamo también tuvo su correspondiente pataleta.

Resultado: un hombre, cuyo paradero se ignora, casado con dos mujeres.

¿Quién sabe si á estas horas se ha vuelto á casar en Francia á donde se halle?

Por que estos frecuentadores de sacramentos son atroces.

* *

El famoso criminal el *Mellado*, fugado de varias cárceles, de cuyas hazañas se ha ocupado la prensa en varias ocasiones, ha escrito á Jerez, como si fuera una reina Natalia, diciendo que le preparen alojamiento, pues piensa pasar una temporada en dicha población.

Ha hecho bien en escribir anticipadamente, pues así se le podrá recibir con los honores debidos á su clase.

Suponemos que echarán las campanas á vuelo, saldrán á recibirle las autoridades y por la noche habrá velada literaria.

Como hay Dios que los bandidos que se usan ahora dan quince y raya á los de otros tiempos.

Si el *Mellado* pasa la temporada que se propone en Jerez, somos partidarios de que se encarcele á todos los hombres de bien.

Por que conforme ván las cosas en eso tendremos que parar.

* *

Leemos en los periódicos:

«Ha sido robada la iglesia de V. O. T., de Santiago. Los ladrones se llevaron una gran cantidad de plata que había en la sala de juntas.»

V. O. T. (*vóote*) dirían los ladrones al repartirse la plata.

Nunca habrá estado tan justificado el título de esa iglesia.

También es melonada, sabiendo lo que pasa en todas las iglesias del reino, que haya habido gente de tan poco fuste que deje la plata en un templo ¡y en un templo llamado V. O. T!

Ya verán algo más desde ahora en adelante.

En las iglesias, tal como se han puesto, solo se deben dejar cirios y oraciones.

* *

¡Qué escena más conmovedora pasó días pasados en Aspin, pueblecito de los Pirineos!

Un oso entró en el pueblo y la gente despavorida se refugió en las casas, atrancándose.

Solo una niña de pocos años quedó abandonada en medio del arroyo. El oso hambiento se dirigió hacia ella. ¡Grito de horror entre las gentes que estaban en las ventanas! Todos vieron ya despedazada á la niña, cuando ¡oh felicidad! se oye el ruido de un violín desastrosamente rascado por un aficionado, y el oso se para, se endereza, se pone á bailar y deja á la chiquilla.

El oso era un animal amaestrado que se le había escapado hacía tiempo á un tiritero, y se puso á bailar recordándose de su vida anterior.

Por eso se dice que la costumbre es una segunda naturaleza.

Si el oso en vez de estar acostumbrado á bailar con música baila á palo seco, se merienda á la niña.

Bendigamos la música que domestica á todas las fieras que vieron la luz en el Paraiso.

No en el paraiso del Liceo.

* *

En Montlucio (Francia) hay un obrero que tiene una barba que mide dos metros, treinta y dos centímetros.

Ordinariamente la lleva oculta bajo la ropa, porque de llevarla suelta barrería la calle con ella.

En invierno le sirve de colchon; pero tiene que ponerse boca abajo.

Varios empresarios han tratado de exhibirlo al público, pero él se ha negado siempre y guarda su barba monumental *pour la France, pour la belle France*.

Es un barbudo patriota.

¡Cuántos aparejos para pescar llovina se podrían hacer con esa barba!

Las desigualdades barbudas son las más de lamentar.

A nosotros nadie nos quita de la cabeza que ese *millionario en pelos* ha acaparado la barba de nuestro amigo querido Ceferino Palencia y de algunos otros que se hallan en su caso.

ELIDAN.

PÍCAROS NERVIOS

—¡Doctor, venga por favor!

Mi mujer está muy grave.

¡Ay, Doctor, usted, no sabe lo que yo sufro, Doctor!

—¿Qué mal aqueja á su esposa?

—¿Qué mal? Usted lo dirá,

Yo tan sólo sé que está muy nerviosa, muy nerviosa.

Con sus berrinches me asedia;

en un mes que lleva así

he adelgazado ¡ay de mí!

lo menos arroba y media.

Siempre está de mal humor,

fiera, irritable, irascible....

Vivir así no es posible,

no es posible, no señor.

No se la puede aguantar;

no se la puede sufrir....

¡Ay! ¡Yo me voy á morir,

ó yo me voy á matar!

Vivo en constante aflicción,

en perpétuo ten con ten....

—¿Come poco?

—¡Quiá! ¡Muy bien!

—¿Y duerme?

—¡Como un lirón!

No sé cómo defenderme

de su carácter tenaz.

En mi casa solo hay paz cuando come ó cuando duerme.

¡Al variar el tiempo es cosa de no resistirla!

—¡Ya!

¿Y si la atmósfera está cargada su pobre esposa se exaltará?

—¿Cómo no?

Mas por cargada que esté la atmósfera, crea usted que más cargado estoy yo. Tanta y tanta impertinencia con paciencia sufriría, pero temo que algún día se me acabe la paciencia, y entonces....

—¡Tenga usted calma!

Esas mujeres nerviosas....

—Si, señor, pero es que hay cosas que á uno le llegan al alma.

¿Ve usted este cardenal?

—¡Caramba! ¿Qué ha sido eso?

—Pues nada, esto ha sido un beso de mi esposa.... angelical.

Me quiere de una manera tan expresiva y tan rara, que hoy me ha deshecho en la cara la tapa de una sopera.

—Son unas calamidades esas mujeres así.

—¡Digamelo usted á mí!

—¡Hombre! ¿Si habrá novedades?

—¿Novedades?

—¡Es posible!

¡Estará en estado!

—¡Quiá!

El estado en que ella está es un estado insufrible.

—¿Tiene calenturas?

—¡No!

—¿Y cuando se halla escitada de qué se queja?

—¡De nada!

¡El que se queja soy yo!

Yo, que por mi mala estrella sufro este terrible tormento;

yo, que no tengo un momento de tranquilidad con ella.

¡No hay dinero que le baste!

¡El mejor día la pego!

Inutilmente le ruego

que por Dios Santo no gaste.

¡Toda súplica es en vano!

Ayer fué al *Siglo* y compró

seis sombreros, un reló

y diez trajes de verano.

Los dependientes se asustan

al ver sus compras sin tasa...

¡Y cuando las tiene en casa

dice que ya no le gustan!

En lo de ayer se gastó

un dineral ¡ya se ve!

Y luego, páguelo usted,

es decir, páguelo yo.

Me desconozco á mi mismo

cuando paso lo que paso.

—¡Calma! ¡Su esposa es un caso!...

—¿Cómo un caso?

—¡De histerismo!

—Yo creí... ¿Con que es histérica?



Un payés recién llegado, que será probablemente antes de poco tímido.

—Tú, mal chulo, como vuelvas á venir otro día pasadas las doce, al siguiente vuelvo yo á las ocho de la mañana



—¿Con que tú eres anarquista de los que quieren repartírselo todo. ... ¡Narices!
—Precisamente es eso lo que yo quiero que V. reparta: las narices.

En el café cantante gana diez reales diarios. Problema: ¿por qué gasta más de sesenta?

CHULAPERÍAS



—Devuélveme las tres pesetas que te di *pà la corria der domingo*.
—Lo que te voy á dar yo van á ser tres *manguzàs*, porque la que resultó *corria* fuiste tú, que te marchaste con *aquer lipendi* á cenar sin mi *premisó*.

¡Si fuese el cólera!

— ¡Quiá!

— ¡Lo parece, porque está casi siempre tan colérica!...

— ¿Es joven?

— No; treinta y tres.

— ¿Y desde que se han casado, dígame usted, no ha notado?...

— ¡Si me he casado hace un mes!

— ¿Y ella tendría otro amor?

— ¡No, señor! ¡Dios es testigo!

— Puede usted hablar conmigo como con un confesor.

Diga la verdad.

— ¡Que no!

¿Otro amor? ¡Qué tontería!

Si la pobre no sabía qué era amor, hasta que yo llegué de Cuba y la ví; me miró, nos comprendimos, y entre caricias y mimos me dió el anhelado sí.

La doté en medio millón; juzgué mi dicha segura, y hace un mes, el señor cura nos echó la bendición.

— Tal cambio, — vuelvo á mi tema, — prueba que en ella imperioso rige el sistema nervioso.

— ¡Canario con el sistema!

— Usted no sabe lo que es la que padece histerismo....

Lo que le gusta ahora mismo, le produce horror despues; ya irritable, ya insensible, cuando es angel, cuando harpía; está cariñosa un día, y al otro día irascible....

Créame usted, yo no puedo....

Esos casos siempre son nuestra desesperación. Las nerviosas me da miedo, y tengo motivos....

— ¿Qué?

— ¡Yo, como usted, he sufrido!
¡Yo también víctima he sido de una histérica!

— ¿Si, eh?

— Era una chica preciosa, una muchacha hechicera; pero, por desgracia, era muy nerviosa ¡muy nerviosa!

Voluble, por su dolencia, un día amor me juraba, pero ¡ay! al otro me odiaba con rencorosa vehemencia.

¡Yo sufría su desdén!
¡Era mi dicha, mi amor!
Pero ¡ay! un día — ¡qué horror! — ¡huyó del pueblo!

— ¿Con quién?

— ¡Solita!

— ¿Con que solita?

— ¡Se marchó á un convento!

— ¡Ya!

¿Profesó de monja?

— ¡Quiá!

¡Se escapó la probrecita!

— ¿Otra vez?

— Dejó el convento, según murmura la gente, con yo no sé qué teniente

de no sé qué regimiento.

— ¡Vaya con la santurrona!

— ¡Qué lástima! ¡Era muy bella!
Yo no he vuelto á saber de ella porque no he vuelto á Gerona.

— Yo soy de Gerona ¿A ver si conozco á esa infeliz?

— Sé llama Rosaura Ortiz.

— ¡Caracoles!.. ¡¡Mi mujer!!

VITAL AZA.

HISTORIA DE UN SOMBRERO

¿Quién no conoce á Ceferino Tenderete?

Es uno de los jóvenes más visibles de la corte.

Elegante de nacimiento, guapo de profesión y amante de real orden, encamina todas sus aspiraciones á un solo objeto: el de ser amado por las mujeres.

Para conseguirlo, pone en juego cuantos elementos le proporciona la naturaleza, aparte de los que poseen los industriales que se dedican á hermosear los físicos del género humano.

No hay pantalones como los de Ceferino, ni levitas como las suyas, ni corbatas, ni sombreros.... sobre todo los sombreros.

Hace pocos días Ceferino penetró en una sombrerería.

— Necesito un hongo — dijo al dependiente.

— ¿De qué forma?

— De una forma novísima.

— Los tenemos en forma de tubo, de pantalla china, de cafetera rusa, de palmatoria....

— Nada de eso me satisface. Yo lo quiero de una forma extraña para que no se me confunda con los demás seres que usan sombreros hongos en el mundo.

Y después de una acalorada discusión sobre las condiciones estéticas de todos los modelos conocidos, Tenderete salió de la sombrerería encargando que se le hiciese un sombrero blanco en forma de dedal con el ala recogida y la cinta ancha.

Dos días después, el joven innovador hacía su entrada en el café ostentando aquella extraña prenda.

— ¡Hombre! — Le dijeron al verle sus amigos.

— ¡Qué cosa tan bonita!

— ¿Lo ha comprado usted aquí?

— ¡Pero qué buen gusto tiene ese Ceferino!

El aludido paseó su mirada despreciativa por aquella multitud de cursis que le rodeaba, y colocó el sombrero con cierta indolencia sobre uno de los divanes del café.

El amor propio del joven innovador había quedado satisfecho. Todos los ojos se dirigían al sombrero. Hasta Valeriano, su eterno enemigo, el impugnador constante de su belleza, el que en más de una ocasión le había querido disputar sus conquistas amorosas no pudo menos de reconocer que aquel sombrero merecía cualquier recompensa.

Después de haber excitado la admiración de sus contertulios del café, Ceferino salió á la calle.

Llovía copiosamente.

— ¡Cáscaras! — dijo el joven elegante. — La humedad puede malograr la belleza de este sombrero sin igual.

Y lo cubrió con su pañuelo.

El temporal arreciaba y Ceferino tuvo que tomar un coche que le condujera al teatro, donde pensaba encontrar á la bella Agripina, una viuda que le había jurado amor eterno.

— ¡Qué impresión va á producir en el alma de Agripina esta elegante prenda! — iba diciendo para sí.

Pero Agripina no estaba en el teatro.

Ceferino no quiso perder la ocasión de lucir el sombrero, y penetró en la sala. Casi todos los espectadores clavaron en él sus gemelos.

—¡Qué raro es!—oyó decir á su lado.

—¡Pero qué bonito!

Tenderete colocó su sombrero sobre la butaca próxima á la suya y dejó que las miradas se extasiaran en la contemplación de aquella prenda sorprendente.

En aquel momento llegaba una señora, acompañada de su esposo, y sin fijarse en el sombrero, se dejó caer á plomo sobre la butaca que lo contenía.

Ceferino lanzó un ¡ay! de dolor y no pudo menos de empujar á la señora.

Entonces el marido, que era un celoso atroz, cogió á Ceferino por el cuello, y sacudiéndole con fuerza le llamó bruto.

El sombrero habia quedado convertido en una breva madura y próxima á la putrefacción.

—Yo debía reclamar daños y perjuicios; ¿sabe usted?—gritaba Ceferino en el colmo de la desesperación.

—¡Vaya usted al infierno!—contestó el marido de la señora volviéndole la espalda.

Ceferino abandonó el teatro. Su sombrero habia perdido el encanto de la forma.

—Hubiera preferido que me dieran una puñalada—decía tristemente mientras encaminaba sus pasos al domicilio de Agripina.

Allí le esperaba un nuevo disgusto. Valeriano, su enemigo irreconciliable sostenía animadísimo diálogo con la bella viuda.

—¿Qué haces tú aquí?—no pudo menos de decirle Ceferino.

Valeriano palideció, pero tras algunas explicaciones satisfactorias, pudo conseguir que el enamorado joven se tranquilizase completamente.

Después se levantó dejando á Ceferino en dulce coloquio con la viuda.

Ella acabó de derramar en su alma el bálsamo de la tranquilidad y todas sus dudas se disiparon para no pensar más que en la dicha de ser amado por Agripina.

—¡Diablo!—exclamaba Ceferino algunos minutos después.—Valeriano se ha llevado por equivocación mi sombrero.

Efectivamente, la elegante prenda no estaba en el sitio donde él la habia dejado al entrar.

Mañana desharé la equivocación—dijo Tenderete cogiendo el sombrero de Valeriano, y salió á la calle pensando en el amor vehemente de Agripina y en sus triunfos sobre el cursilón de Valeriano.

Aquella noche Ceferino durmió mal.

—¿Qué habrá sido de mi sombrero?—decía dando vueltas en la cama.

Después comenzó á soñar que el sombrero habia caído en poder de unos criminales de mirada torva. Uno de ellos, después de olerlo, habia concluido por hincarle el diente... Este sueño horrible despertó á Ceferino, que se puso á dar voces hasta alarmar los demás huéspedes.

—¿Qué le pasa á usted?—le preguntaba la patrona acudiendo despavorida al cuarto del joven.

—Nada... nada,—contestaba él:—déjeme usted solo... Necesito coordinar las ideas...

Al día siguiente recorrió todos los sitios en que esperaba poder encontrar á Valeriano pero su trabajo resultó inútil.

Por fin, una tarde mientras reflexionaba tristemente ante el escaparate de una sombrerería sobre la desaparición de la prenda sin igual, vió venir calle

arriba á Valeriano.

¡Qué sorpresa! Su infiel amigo llevaba puesto el sombrero, y Ceferino se lo arrebató de la cabeza, lanzando gritos de indignación.

Aquella misma noche, Tenderete de vuelta en su casa, después de haber sostenido un amoroso diálogo con la viuda decia contemplando el sombrero:

La verdad es que Valeriano ha lucido en su cabeza este bellissimo adorno. La idea de que no he sido yo su único usufructuario, me martiriza pero en cambio, Agripina me ama á mi solo.

En aquel momento el joven levantaba el torro del sombrero por haber notado que ocultaba un papellito.

—Es una carta—exclamó, después de haberlo desdoblado.

La carta era de Agripina y estaba dirigida á Valeriano en estos términos:

«Esta noche no viene á verme el bruto de Ceferino Te espero sin falta.»

Ceferino se dejó caer en la cama como un fardo. El sombrero al desprendérse de entre las manos, fué á sumergirse en el vaso de noche.

Para que se vea que no puede uno fiarse de los sombreros.....

LUIS TABOADA

CANTARES

Con pensamientos de varios hombres célebres

BARTA

A veces el egoista
es capaz de prender fuego
á la casa del vecino.....
para hacer freír un huevo.

BECCARIA

Aunque no sea muy bella,
graciosa la quiero yo;
que es una hermosa sin gracia.....
una rosa sin olor.

BEYLE

Muere joven la mujer
que hace vida fementida;
que el camino del placer
es atajo de la vida.

CERVANTES

Es natural condición
de la mujer, desdeñar
á quien la quiere, y amar
al que hace su perdición.

HEINE

En la vida, espera el hombre
amor y gloria y fortuna;
mas solamente á la cita
la muerte acude..... ¡es la única!

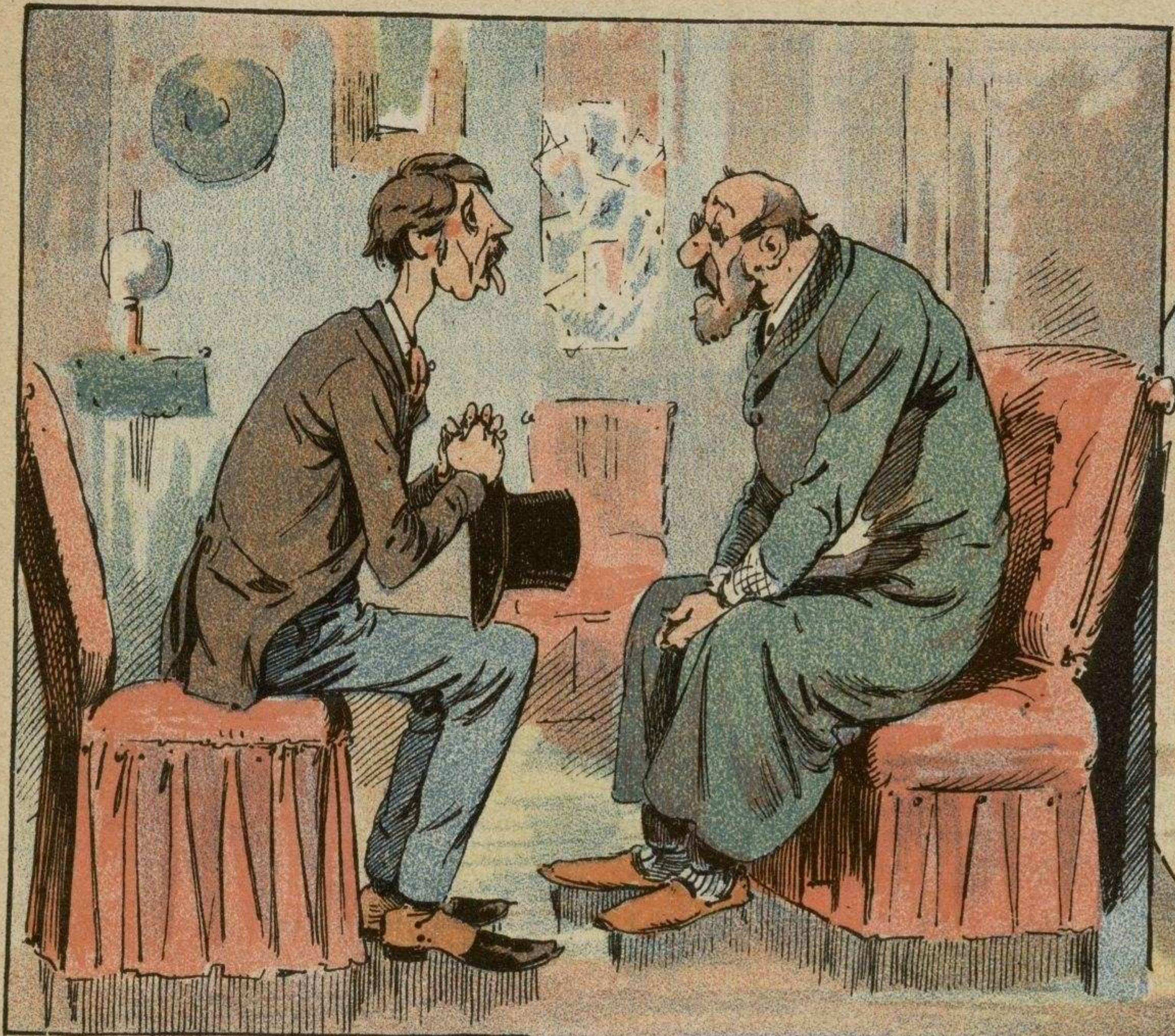
HOUSAGE

Las ilusiones son *cero*,
pero con los *ceros* se hacen
en cuestiones aritméticas
las mejores cantidades.

MUSSET

Una *ecuación* suele ser
frecuentemente el amor;
su *incógnita*, la mujer.

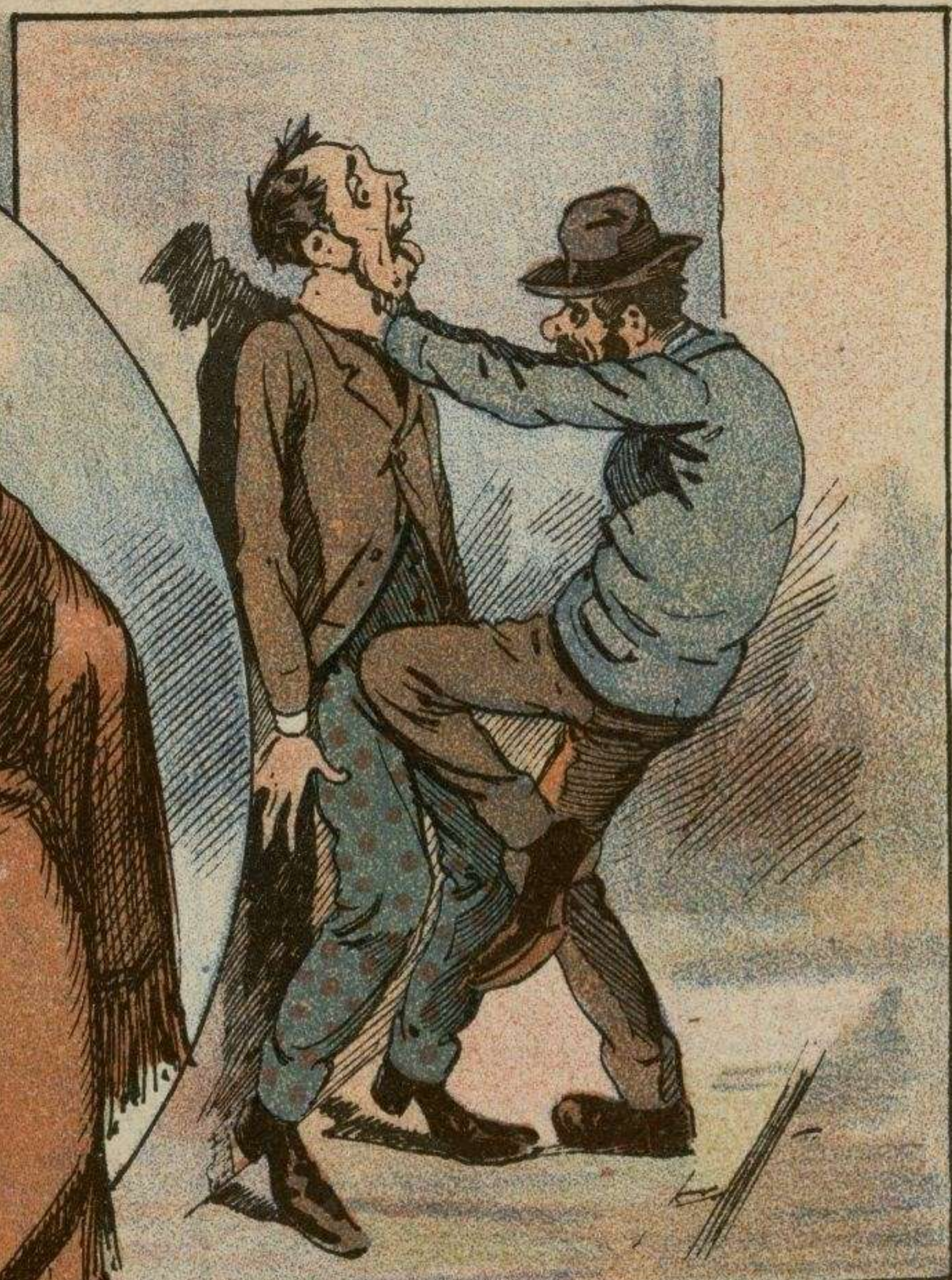
LA SIDA
¿Porqué enseñala lengua?



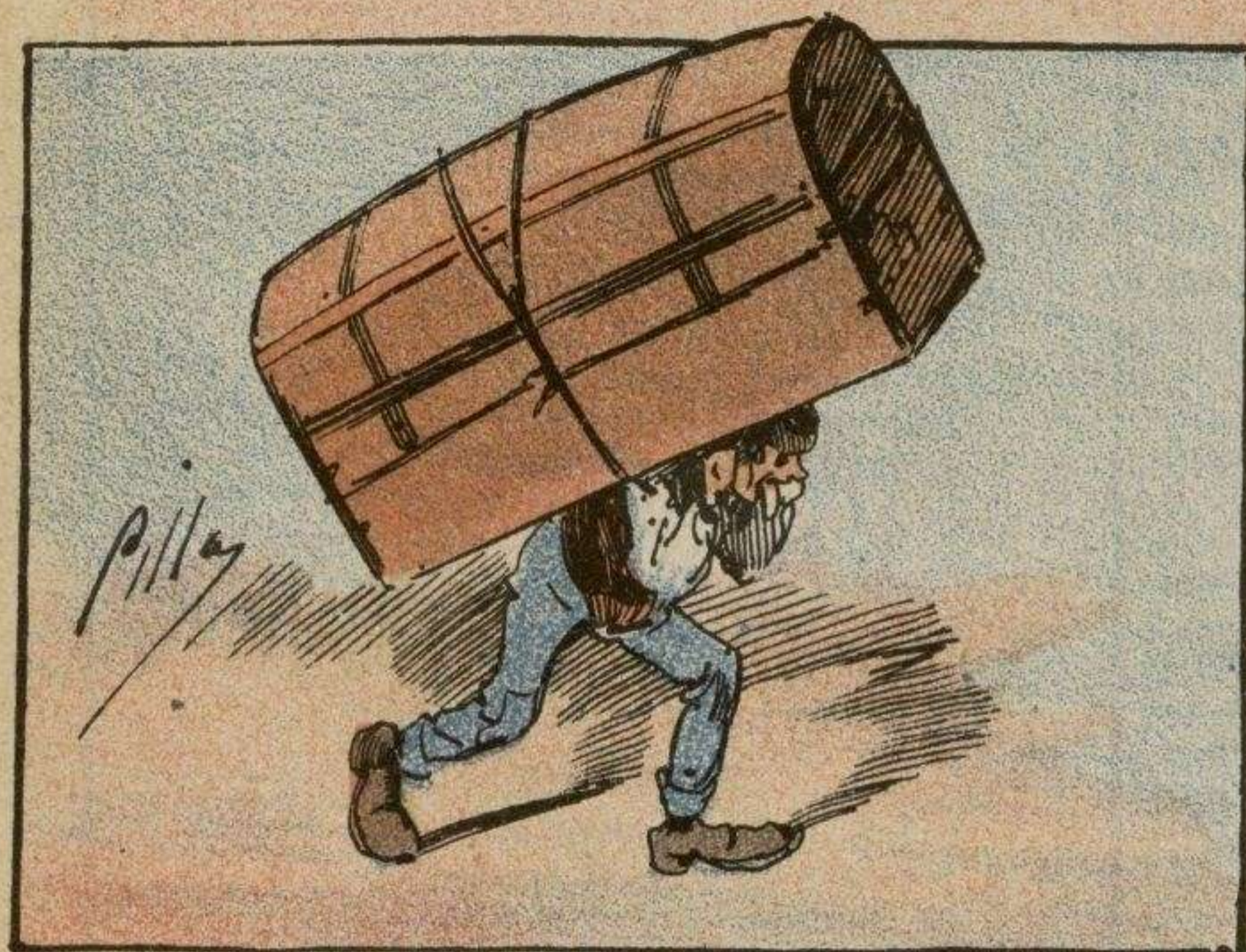
Para que la vea el médico.



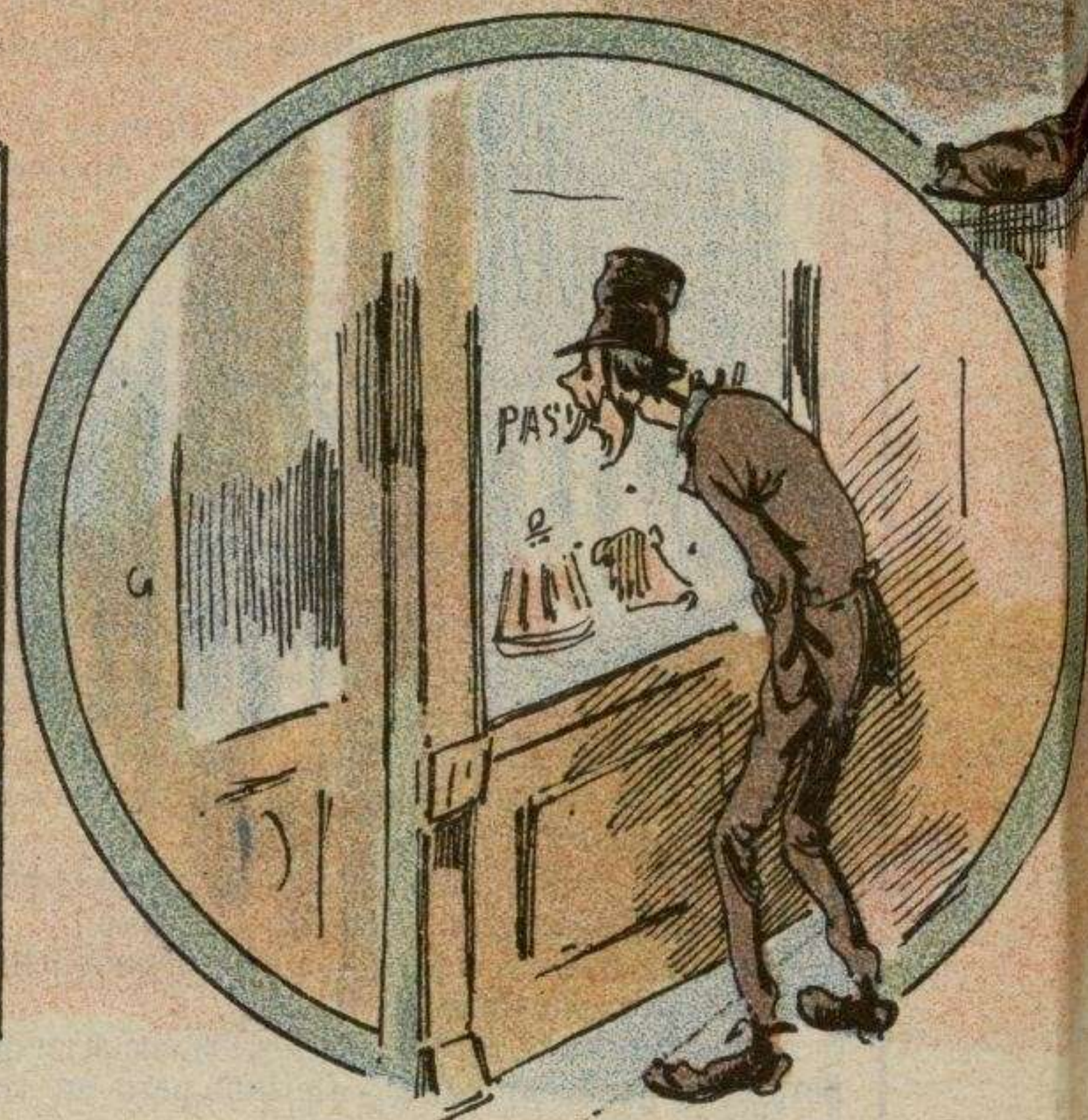
Para despreciarle.



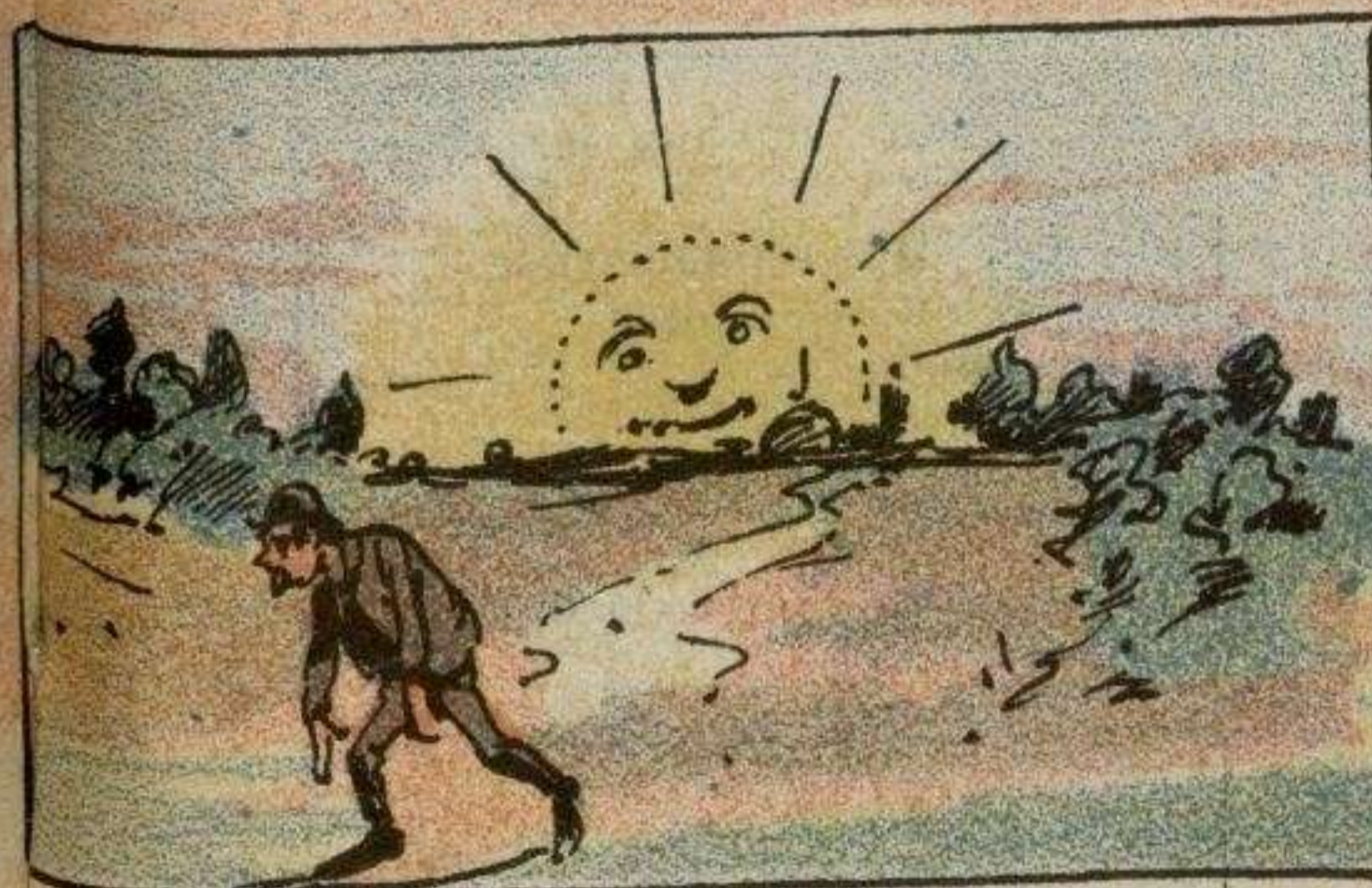
Porque le aprietan.



Porque lleva el mundo encima.



Para hacerse la ilusión.



Por mor de Febo.



Para enseñársela a los discípulos.

NAPOLEÓN

Es muy fácil detenerse
cuando uno va de subida;
pero es difícil hacerlo
al declararse en huida.

VICTOR-HUGO

Nunca la sangre se lava
con sangre, que siempre suele
lavarse á fuerza de lágrimas.

VOLTAIRE

De un poeta y un amante
y un antor y un burro viejo,
aunque no valga un comino,
con el último me quedo.

JUAN URIOSTE SOTO

PEPITO, PACO Y PERICO

Pepito era un mozo de café y vivía como un hongo, quiero decir, que no tenía familia ni amigos en quienes colocar sus afecciones.

Los desengaños que había sufrido en su primera juventud le retrajeron del trato social, y concentró todo su cariño en un gato, en Perico.

Perico pertenecía al dueño del café donde servía Pepito.

Era nuestro Perico un gatazo negro, brillante, gordo, con hermosísimos ojos verdes y unos bigotes tiesos como alfileres.

Los dos amigos comenzaron riñendo, que es como se suelen hacer las grandes amistades.

El primer día que entró Pepito en el café, se le atravesó Perico entre las piernas y le hizo caer de bruces y romper dos copas, tres platillos y una botella de ron.

Levantose furioso, y tales patadas sacudió al pobre gato, que por poco lo mata.

Al día siguiente Perico se acercó humilde y zalamero, y comenzó á frotarse contra las piernas de Pepito que se hallaba sentado descansando.

Este le hizo unas cuantas fiestas, y desde aquel momento se reconciliaron y fueron los mejores amigos del mundo.

Eran dos seres que habían nacido para entenderse.

Todas las mañanas, al llegar el mozo, saludaba á su amigo diciéndole: «Arriba, Perico.»

Y Perico daba un salto y se le colocaba en los brazos. Pepito le acariciaba, le dejaba en el suelo y comenzaba la faena cotidiana de limpiar mesas y lámparas.

En todas estas operaciones le seguía Perico como sigue la sombra al cuerpo.

A veces tenían conversaciones interesantísimas.

—¿Qué tal, Perico? ¿has almorzado?

Y Perico quejumbrosamente decía:

—¡Miau!

—No te han dado nada esos bandidos ¿verdad? ¡Pobre Perico!

—¡Miau!

—Ahora verás cómo te regalo.

Y el mozo iba á la cocina, y con sobras de carne ó pescado del día anterior arreglaba un suculento plato para su compañero.

—¡Toma y come!—le decía amistosamente.

Y Perico engullía como un heliogábalo, mientras su compañero continuaba en su trabajo.

Cuando el gato concluía el desayuno, se acercaba á su protector, le agarraba con los dientes el pantalón y le tiraba hacia la cocina. Esta era su manera

de pedir agua.

Pepito se reía entusiasmado diciendo: «Ahora voy, pillín.»

Y en un platillo le traía el agua más *frappée* que había en la casa, si era en verano.

Pepito enseñaba á Perico á comer de todo. La mostaza concluyó por gustarle al gato bastante, después de haber hecho muchos remilgos los primeros días y haber intentado limpiar con las uñas los trozos de carne impregnados en ella ¡Qué más! ¡Hasta llegó á comer Perico melocotones!

¿Y sus habilidades? Eran muchas y variadas.

A veces ponía la mano abierta delante de él Pepito y decía:

—A ver, Perico, yo soy Agujetas que te va á picar; arráncate.

Y Perico se arrancaba como un toro, dando un topetazo contra la mano de su amigo.

Otras veces le preguntaba:

—¿Cómo va esa salud, Sr. D. Pedro?

Y el gato alargaba la pata con reconocimiento y sacudía la mano del mozo.

Este idilio amistoso duraba hacia algunos meses y los parroquianos llegaron á interesarse por tan continuada amistad y hacían mil caricias á Perico que se esponjaba con ellas.

Perico solo tenía un enemigo en el establecimiento. Era otro mozo llamado Paco que era de la piel del demonio.

Paco y Pepito habían estado más de cuatro veces por venir á las manos á causa del gato.

Todo lo que el uno le acariciaba el otro le maltrataba.

Una vez, no pudiendo sufrir los malos tratamientos de Paco, el gato le había saltado á la cara.

—¡Ya me las pagarás!—murmuró al curarse los arañazos el vengativo Paco.

Pasaron unos meses, y la víspera de un día que estaban de asueto Paco y Pepito, desapareció el gato del establecimiento.

Pepito se volvió loco buscándole; á todos preguntaba por él, y hasta resolvió poner un anuncio en los periódicos.

Lamentándose estaba todavía, cuando se acercó Paco y le dijo:

—Mañana estamos los dos libres, ¿quieres venir á almorzar conmigo? Te convido.

—Con eso de Perico no estoy para nada.

—Vente; te daré un buen almuerzo y además te distraerás.

Y tanto le suplicó, que al fin aceptó el convite el sensible Pepito.

A las doce de la mañana del siguiente día se hallaban sentados los dos delante de una magnífica liebre estofada.

—¡Verás qué plato!—dijo Paco relamiéndose.

—Si que parece bueno—contestó el otro.

Y se sirvieron con abundancia.

Pepito encontró la liebre exquisita.

—Repite, repite—decía con sorna Paco.

Y su compañero repetía.

Lo cierto fué que se la concluyeron toda y no tuvieron ganas de comer más.

Por la tarde fueron á los periódicos locales á poner el anuncio de la pérdida de Perico.

—¿Quién sabe dónde estará? Puede ser que esté cerca de nosotros—decía Paco.

—¡Ay, pobre Perico!—murmuraba el otro.

Fuéronse á acostar, y al día siguiente, al llegar Pepito al café, vió á Paco y á los demás mozos que le estaban esperando con el semblante muy alegre.

Así que entró, todos empezaron a decir:

—¡Miau! ¡Miau! ¡Miau!
—¿Ha aparecido Perico?—preguntó con alegría el pobre.

—¡Miau! ¡Miau! ¡Miau!—replicaban los otros riéndose.

—¿Se puede saber lo que significa tanto miau?

—¿Qué ha de significar?—dijo el más bruto de todos ellos.—Que ayer te convidó á almorzar liebre Paco... y la liebre era Perico.

—¡Horror!—murmuró Pepito cayendo anodado.

Después se levantó furioso, y cogiendo á Paco por las orejas, le administró una de achuchones y patadas, que si no se lo quitan lo mata.

Después rompió á llorar como un niño, diciendo:

—¡Me he comido á Perico! ¡El único amigo que tenía! ¡Soy un antropófago!

Y desde entonces no toma cariño á nada, de miedo á que los hombres se lo hagan comer.

DANIEL ORTIZ.

¿NECESITA V. CRIADA?

—Muy buenas tardes.

—Muy buenas.

Pase usted. ¿Qué se le ofrece!

—Pues vengo porque me han dicho que estaban buscando ustedes una criada, y como una se dedica á ser sirviente, me ha dicho la *señá* Rosa, que vive en el diez y siete de esta misma calle, dice, Rufina vé por si puedes convenir á la señora, y como yo, francamente *necesito* un acomodo porque no es cosa que empeñe los cuatro trapos que tengo, para comer...

—Sí, corriente.

Y diga usted ¿en qué casas ha servido?

—*A la presente* estaba en casa de un cura natural de Carcagente que me daba cuatro duros *tós los meses, mensualmente*, pero le han recomendado una chica que es pariente del obispo de Alcobendas, y ya ve *ustedes* como él tiene *siquié* por compañerismo que obedecer..... pero puede pedirle *ustedes* los informes que *necesite*, si cree.....

—Bueno, bueno y ¿usted sabe.....?

—De todo sé, mayormente.

Sé guisar unas patatas,

sé freir unos pajeles

sé rebozar *bacalado*

y en fin *tó* lo que se tercié.

—¿Y plancha usted bien?

—En eso,

mire *ustedes*, no estoy muy fuerte por más que de cosas lisas plancho un poco.

—Bien, ¿qué quiere ganar?

—Pues, puede usted darme igual que el de Carcagente, ya ve *ustedes* que no es gran cosa.

—Sin embargo, me parece que con tres duros y medio.....

—Pues, mire V., francamente, me quedo en los tres y medio siempre y cuando que me deje salir todos los domingos.

—No hay ningún inconveniente.

Solo le advierto una cosa, que yo salgo á comprar siempre.

—¿Con qué sale usted á comprar?

Entonces no me conviene.

CÉSAR PUEYO.

LA LENGUA

La lengua está situada en la parte más alta del edificio humano.

Es el *badajo* de la campana del pensamiento.

Limpia, fija y da esplendor, dice la Academia acerca de la lengua.

En lo de la *limpieza* estamos conformes, porque indica el buen estado de la salud del individuo.

La *lengua* es lo primero que se le debe enseñar al médico.

Es un espejo que tenemos en la boca y que refleja todos los trastornos intestinales.

Respecto á lo de que sea *fija*, no cabe la menor duda. Pues si *fija* y todo se nos va del seguro, ¿qué sucedería, si por desgracia, se pudiese largar *de burco*?

Nada: Declarémosla *inamovible* como perteneciente á un *cuerpo facultativo*.

Lo de *dar esplendor* es lo más difícil en estos tiempos, y conste que no lo digo por éste ni por aquél. Nosotros tenemos la culpa.

Hemos querido conservar *la lengua de nuestros abuelos*, pero de tan mala manera y con tan poco cuidado, que se nos ha *corrompido* con el tiempo.

¡Pobre Cervantes!... ¿Qué diría hoy al ver su lengua en tal estado de *putrefacción*?

Yo tengo para mí que la lengua es de lo más perjudicial que poseemos, y hasta abrigo la pretensión de considerarla inútil, ó poco menos.

Ni el suspiro ni la sonrisa necesitan de ella para nada, y sin embargo saben expresar todo un poema de tristezas ó de alegrías.

El que eleva su alma á Dios en un momento supremo, apenas mueve sus labios: reza con el corazón, sin que el mundo se aperciba de ello. ¡Qué puras deben llegar al cielo esas oraciones sin palabras!

Los ojos también *hablan*, pero tienen un inconveniente: no saben mentir. Expresan el lenguaje de un sentimiento sin disimulos ni rodeos.

Para mí un ciego es un *mudo del alma*...

Por eso me inspiran tanta compasión los ciegos.

Un hombre con los ojos grandes me parece que ha de ser franco necesariamente.

Tiene más hueco por donde salir al mundo la verdad.

No hay duda de que la lengua estorba casi siempre.

Hasta uno mismo se la muerde sin querer...

Tiene la forma de un puñal y lo es en efecto.

Debiera considerarse como un *arma prohibida*.

Y es cobarde, muy cobarde. Vive parapetada detrás de una muralla de marfil y desde allí dispara sus envenenados dardos.

Tiene algo del reptil que se revuelve en su agujero entre la ponzoñosa baba que destila.

La lengua no asoma nunca más que para hacer burla ó servir de escarnio.

INVIERNO



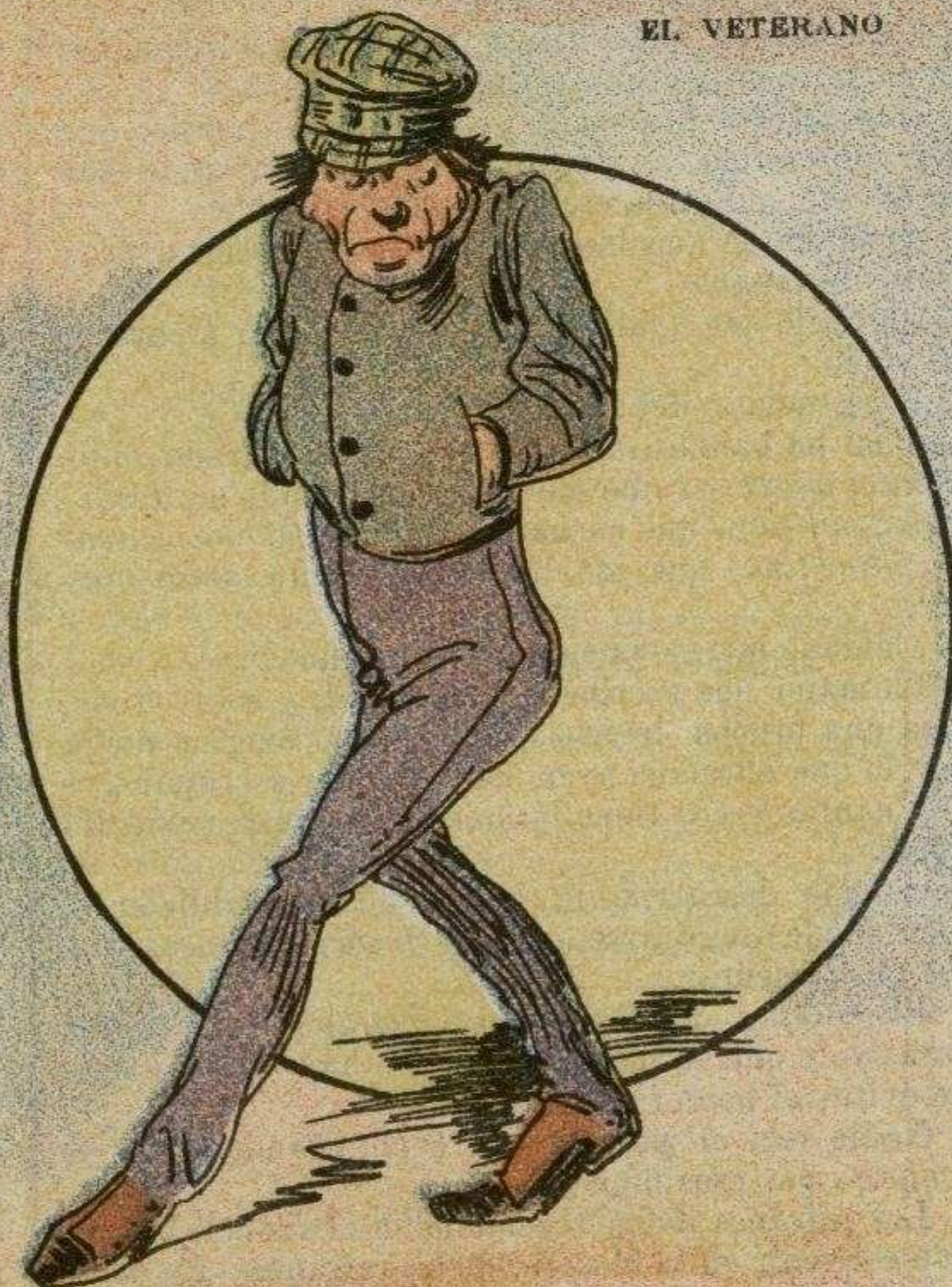
Carrasco

La moda es cosa tan seria,
que si esta moda existiera,
así la mujer saliera
lo mismo aquí que en Siberia.

EL NOVEL

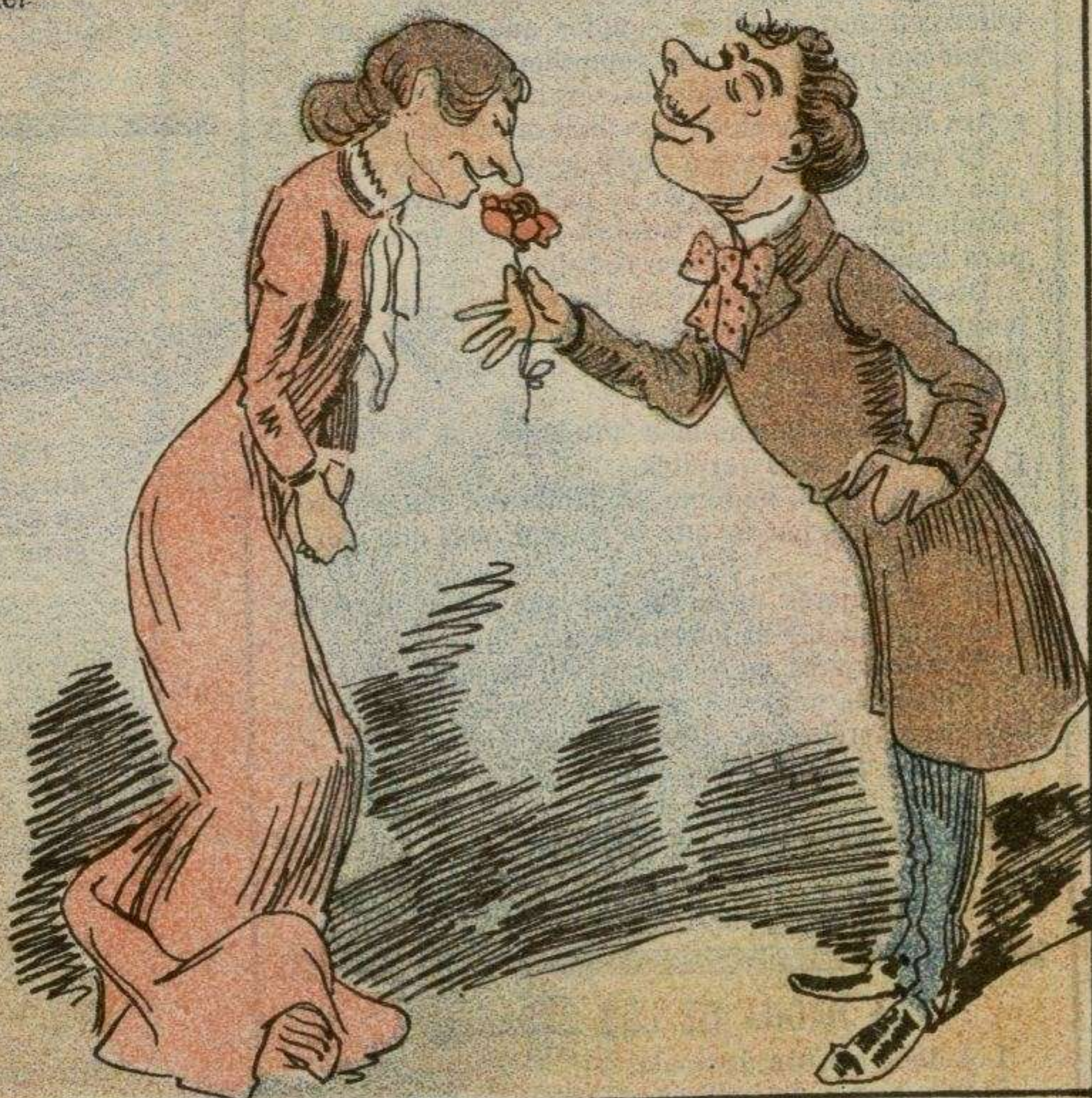


EL VETERANO



—¡Un guardia! ¿Y qué?

—¡Por allí viene un guardia!... ¡huyamos!



—A los veinte años entré de caballería....
y todavía lo soy.

Dulcisima Lola,
de casa delicia,
la flor que te ofrezco
recibe propicia.

Falso intérprete del pensamiento, dice muchas veces lo contrario de lo que le mandan decir, con grave compromiso de su dueño.

Sin embargo, hay quien se lo debe todo á la lengua: su carrera, su fortuna, su gloria.

Hay artista dramático y comediante político que han conseguido un puesto de honor, charlando más en el café, que en la escena ó en la tribuna.

Ayudada de una buena memoria, sabe hacer prodigios la lengua.

Un necio que hable mucho, puede llegar á parecer un sabio.

¡Desgraciado del sabio que hable poco!

A mí ha habido *modistas* que me han jurado *amor eterno*; *usureros* que me han manifestado su *desinterés*; *políticos* que me han hablado de su *consecuencia*; *libertinos* que me han sermonado sobre *moral*...

¡Cuidado que es embustera la lengua!...

La mano que escribe es más leal, y sobre todo, deja una prueba irrecusable; pero la lengua niega hoy lo que afirmaba ayer, sin el menor escrúpulo.

¡Cuántas veces tiene la mano que castigar sus ligerezas!

Cuando descarrila la lengua de un maldiciente, bien puede asegurarse que hay *desgracias personales* que lamentar.

El *choque* de dos *malas lenguas* es la mayor catástrofe que se puede temer. No hay *freno* capaz de evitar el horroroso *siniestro*.

Nadie sabe el peligro que corre cuando *anda en lenguas* por esos mundos.

Los refranes todos recomiendan el silencio, y hay que convenir en la filosofía de los refranes. «*En boca cerrada no entran moscas...*» «*Al buen callar llaman Sancho...*» «*El que tiene boca se equivoca.*» Pero ningún refrán asegura que *el que tiene lengua dice la verdad*.

Cuando la lengua no encuentra palabras, ó no las quiere encontrar, busca sonidos que careciendo de significado propio á nada comprometen.

El *psh...* es un silbido de serpiente que asoma la rojiza lengua por entre las malezas de la calumnia.

El que no se atreve á herir de frente una reputación, siembra la duda por lo menos, emitiendo ese sonido que no llega á palabra y que á veces basta para hundir un nombre en el lodo.

Dios supo lo que hacía en Babel confundiendo las lenguas. ¡Ojalá durara la confusión todavía! Así nos entenderíamos por escrito, y de este modo sufriríamos menos desengaños.

La pluma es mucho más prudente que la lengua, y, sobre todo, más verídica.

Tan poco caso hago yo de palabras, que conozco á los hombres por lo que se callan más que por lo que dicen.

De las mujeres no hablo, por que á esas no se las conoce, ni mudas ni lenguaraces...

¡Si las mujeres no *hablaran* serían ángeles!

Al hacer la mujer, Adán puso una costilla, el amor todos sus atractivos, Dios toda su belleza, y el demonio, que tenía la obligación de poner algo, le puso *la lengua*.

Y corto mi artículo por temor de que *se me vaya la idem*.

JOSÉ JACKSON VEYAN.

LA RACHA DE LOS DESAFIOS

Los duelos están de moda.
Somos monos de imitación.

¿Que *fulanito* se ha batido con *menganito*?

Pues yo no soy menos ¡caramba!; voy á mandar los padrinos á Taruguete, que ayer me llamó congrio en su periódico.

Y el duelo se verifica al otro día en la célebre quinta de Sabater. Se cruzan dos balazos y una de las balas ¡horror! vá á alojarse en la «*cavida torácica...*» de un árbol, la otra cruza la atmósfera sin novedad; los valientes se dán un abrazo de reconciliación y... ¡á Fornos!

La verdad es que con esto de los desafíos, los chicos tímidos de suyo, como yo, estamos asustados y no nos atrevemos á escribir artículos *alusivos* ni á pellizcar á las coristas.

No hace muchas noches fuimos á un estreno en un teatro de Madrid un mi amigo y yó; la tiple, una barbiana (*de cuyo nombre no quiero acordarme*) estaba en aquella obra superior; mi amigo se empeñó en que fuésemos á felicitarla. Ya nos dirigíamos á su cuarto, cuando nos salió al encuentro otro amigo.—¿Qué vais á hacer, infelices?—nos dijo—No sabéis que *esa*, es la «*esposa anónima, aunque inconsciente* del director del «*Susurro amoroso*»?

—¿Y qué?—exclamamos *ambos á dos*.

—Nada; que en cuanto os estralimiteis, un tanto así, os manda los padrinos.

Mi amigo no hizo caso de estas advertencias y penetramos en el *camarino* de la tiple.

El director del «*Susurro amoroso*» estaba allí, y... nada; por más barbaridades que dijo mi amigo, el otro no salió de su *apoteosis* (que dice el municipal de *Pepa la frescachona*); verdad es, que no dejamos de la mano unos hermosos bastones de roble....

Milagro será que no me mande los padrinos, el peor día, uno de esos... titeres. Por si acaso les advierto que la escalera de mi casa es muy mala y es peligroso bajar rodando; y que yo, de elegir armas, elegiría la única de fuego que conozco:

¡¡La badila!!

ALBERTO DE OJEADA.

MISCELANEA

- ¡Ay, señorito, ocúpeme en cualquier cosa!
—¿Y qué sabes tú hacer?
—¿Yo? De todo.
—¿Te convendría de jardinero?
—¿Dejar dinero? Nunca.

En los ojos de Raquél
mira su propio reflejo
su esposo, ¡bonito espejo
si no se mira más que él!

G.

- Me han dicho que en París se vende carne de caballo y hasta de borrico.
—¿V. ha estado en París?
—Sí, señor.
—Pues eso prueba que le han engañado á usted.

Quisicosa

Pues señor, de ama de cria,
está sirviendo Matea,
que es una mujer tan fea,
que serlo más, no podría.
Y su señor, que es muy rico,
así que le vió su *geta*,
le ha comprado una careta...

¡para que no asuste al chico!

J. M. SOLIS Y MONTORO.

En el Hospital:

—¡A ver! Sinapismos para el número 19.

—¡Si ha muerto!

—Entonces que se los apliquen al número 20. No es cosa de que los sinapismos se nos pudran en las manos.

Cantares

Con mis profundos estudios
he llegado á averiguar
que aquel que quiera salir
tiene primero que entrar.

Como defino el amor
á todos causa extrañeza;
es un muñeco sin patas
que le falta la cabeza.

Mira no te pongas moños,
que hace falta mucho pelo
y tú le tienes muy corto.

Naciste y murió tu madre,
para tí ¡qué aciago día!
ella comenzó á vivir
tu entraste en la agonía.

Cuando veas que estoy muerto,
ponme por luces tus ojos
y por ataúd tu cuerpo.

Mi único deseo es
que me digas que me quieres,
para morirme después.

VALENTIN MOURO.

Un maestro de escuela decía á sus discípulos:

—He llegado á oler que alguno de vosotros os ensuciais á la puerta de la clase, y como lo llegue á probar...

Epigramas

—Gil no quiere á su mujer
según la gente asegura.
—Eso no es cierto, Adelina.
—¡Pero si todas le gustan!
—Pues si á todas quiere ¡es claro
que también querrá á la suya!

A Hermógenes, que es soltero,
preguntábale Dolores:
—¿Le gustan á usted los niños?...
—Mucho, le contesta Hermógenes,
pero son los de los otros.
—¡Pues cácese usted entonces!

—Voy á darle á usted una prueba
de confianza, don Blas.
—¿Cómo?

—Pidiéndole un duro.
—¿Y á eso lo llama usted dar?

EDUARDO GUILLAR.

—¿A V. le gustan los versos?

—Los pruebo alguna vez, pero me gustan más los espárragos, y mucho más el jamón con tomate.

Preguntaban á uno que había recorrido varias capitales de Europa:

—¿En qué teatro se dan las mejores piezas?

—En el de la *Moneda*, de Bruselas.

Epitafios

Aquí yace un policía,
Y descansa el muy gandul
como en el mundo solía.

Macero este pobre fué;
le mataron en dos días
los discursos de Fabié.

Aquí yace Pedro Grulla,
que falleció á consecuencia
de un soneto de Carulla.

JOSÉ DOZ DE LA ROSA.

En una mesa:

Un convidado se inclina hacia el dueño de la casa
y le hace observar que son trece los comensales.

—Ya lo sé, responde éste.

—¿Y no le importa á usted nada? ¿No es usted supersticioso?

—Sí, y por esto es'oy tranquilo. Ya sabe usted que en estos casos la persona que ha de morir es la de más edad. Pues bien, entre los convidados repare V. que no me he olvidado de mi anciana suegra.

Los tres besos

Siendo muy joven la besó su novio,
y al sentir el placer de aquel contacto
exclamó entre los brazos de su amante:
—¡Jamás tu beso olvidaré, Ricardo!

II.

Ya mujer, por capricho de sus padres,
se casó con quien no era de su agrado,
y pensó, al primer beso de su esposo
—¡Que era mucho mejor el de Ricardo!

III.

Fué luego madre y cuando la besaba
su marido, pensaba con encanto:
—¡Es el beso del padre de mis hijos
más dulce, mucho más que el de Ricardo.

VICTOR H. BURSET.

—Se decía que Madapolán era un cobarde, pero...

—¿Pero qué?

—Que ha estado á punto de batirse como otro cualquiera.

—¿De veras? ¿Ha tenido un duelo?

—No... pero le han dado una bofetada.



Mala sombra (Madrid).—Creo en su explicación. Va. R. V.—A si tampoco puede ir.

Silos (Madrid).—Irán.

Zerrini.—Ya le contesté en el número anterior.

A. F. T. (Burgos).—Esta ha resultado el jilla.

Cucufate.—Irán las coplas.

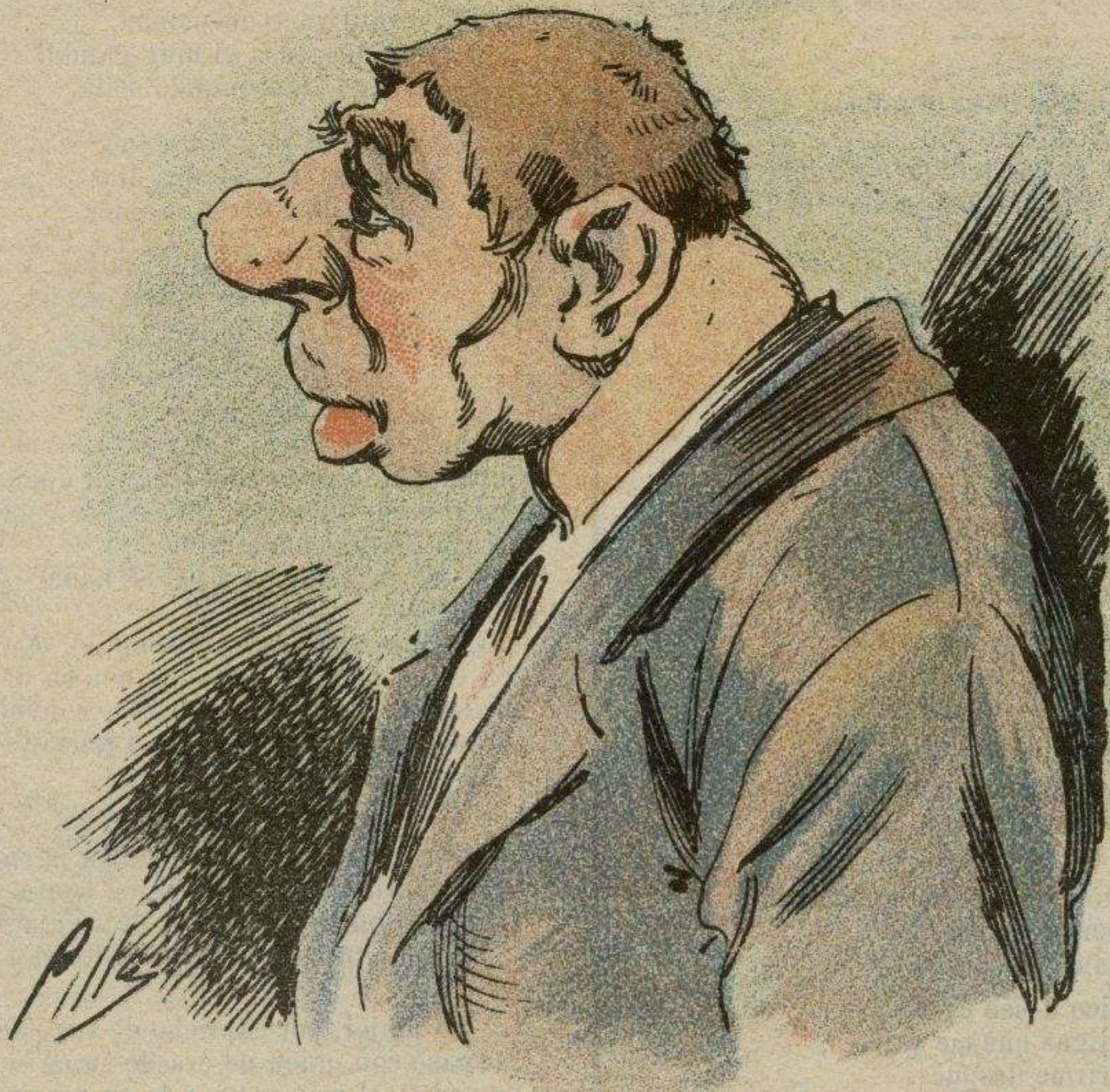
A. P. (Madrid).—Irán las dos.

J. M. F.—Eso ya está muy gastado.

Lucifer (Madrid).—No sirve.

P. C. (Zaragoza).—¿Es usted un albergado?

Juanaco y Soledad (Zaragoza).—Nada sirve.



Con bultos que dan piedad
presento á Juan Casamata,
que no ha nacido patata
por una casualidad.

ANUNCIOS

BIBLIOTECA PARA TODOS

Ocho tomos ilustrados y con cubiertas al cromo, que forman una interesante novela.—Precio de cada tomo 15 céntimos en toda España.

BIBLIOTECA DE BOLSILLO

Colección de novelitas, cuentos y anécdotas, compuesta de cinco tomos ilustrados con bonitos grabados.— Precio de cada tomo 15 céntimos en toda España.

LA SAETA

PERIÓDICO SEMANAL

FESTIVO, LITERARIO É ILUSTRADO

—PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN—

España: Semestre, 5 ptas. — Año, 8 ptas.
Extranjero y Ultramar: Año, 15 ptas.

No se admiten suscripciones por menos de medio año en España, ni por menos de uno en el extranjero. Pago adelantado en letras de fácil cobro ó sellos de franqueo. — Las suscripciones empezarán el 1.º de cada mes.

GUIDADITO CON ESTO

Elegantes tomitos con grabados y cubierta al cromo, que contienen poesías, novelas y cuentos de varios autores. Se compone la colección de 10 tomos al precio de 15 cént. en toda España.

TRES MILLONES DE CHISTES

Gran colección de chistes, epigramas, chascarrillos, anécdotas y poesías festivas, ilustrados con profusión y lujo y con bonitas cubiertas al cromo. Van publicados 48 tomitos á 15 céntimos uno y en prensa la continuación

Para los pedidos y correspondencia dirigirse á D. PEDRO MOTILBA, Rambla del Centro, Kiosco n.º 5.—BARCELONA

CORRESPONSAL EXCLUSIVO EN MADRID para la venta de LA SAETA, D. Julián Rodríguez—Ancha S.º Bernardo, 27, bajo